

**Homilía para la Visita Pastoral Parroquial a la Parroquia San Alejo
Beardstown, Illinois
2do Domingo de Cuaresma - Año B
25 de febrero del 2024**

**† Reverendísimo Thomas John Paprocki
Obispo de Springfield Illinois**

Mis queridos hermanos y hermanas en Cristo,

Como su obispo, es un placer estar con ustedes este fin de semana en mi visita pastoral parroquial a las parroquias de San Alexius en Beardstown, San Fidel en Arenzville y San Lucas en Virginia.

Ayer por la tarde fue una bendición para mí celebrar la Misa de las 4:00 en la tarde en la Iglesia de San Fidel y la Misa de las 5:30 en la Parroquia San Lucas. Después de estas Misas del sábado por la noche, me reuní con sus consejos parroquiales para escuchar todas las cosas buenas que están sucediendo aquí en sus parroquias y para implementar nuestro Cuarto Sínodo Diocesano. Mi visita este fin de semana también es una oportunidad para compartir con ustedes mis esperanzas y mi visión como su obispo para el futuro de nuestra diócesis, basando e implementando nuestro Sínodo Diocesano celebrado en 2017 sobre el tema del discipulado y administrativo.

Después de nuestro Sínodo Diocesano, publiqué mi tercera carta pastoral, *Ars vivendi et moriendi in Dei gratia*, que en latín significa “El arte de vivir y morir en la gracia de Dios”, proporcioné un resumen del Cuarto

Sínodo Diocesano y comentario pastoral sobre las doce declaraciones que fueron adoptadas. También ofrecí algunas reflexiones teológicas sobre el arte de vivir y morir en la gracia de Dios.

El otoño pasado, en nuestra Convocatoria de Sacerdotes, revisamos cómo lo hemos hecho durante los últimos seis años en la implementación de las doce declaraciones que se adoptaron en nuestro Sínodo Diocesano en 2017. Me complace informar que hemos logrado un progreso significativo en la puesta en vigor de los pasos necesarios para alcanzar los objetivos de la mayoría de las doce declaraciones. Por ejemplo, la Declaración 6 pedía que los Sacramentos de la Iniciación Cristiana se ofrecieran en la secuencia restaurada (Bautismo, Confirmación y Eucaristía) para niños aproximadamente en la edad de uso de razón, que normalmente será en el tercer grado de la escuela primaria. Nos referimos a esto como el “restauración del orden” para los Sacramentos de la Iniciación Cristiana (Bautismo, Confirmación y luego Eucaristía) fue el orden para recibir estos sacramentos durante 1900 años. No fue hasta hace unos 100 años que el Papa Pío X redujo la edad para la Primera Comunión, pero como no abordó la reducción de la edad para la Confirmación, se invirtió el orden para dar a los niños la Primera Comunión antes de la Confirmación. Así que ahora volvemos al orden de recepción de los

sacramentos que la Iglesia observó durante 1900 años y que todavía observa con los adultos.

La otra razón para hacer esto surge de nuestro Sínodo Diocesano, que fue promover el discipulado y cuidado como una forma de vida desde una edad temprana. La preocupación era que demasiados niños dejaran de ir a la iglesia después de ser confirmados en octavo grado. Antes de celebrar los Sacramentos de la Confirmación y la Primera Comunión, envió a los candidatos un cuestionario preguntándoles qué significa para ellos recibir el Sacramento de la Confirmación. De hecho, un estudiante respondió: “¡Significa que me gradué de la Iglesia!”. Desafortunadamente, así es como muchos estudiantes trataron el recibimiento de la Confirmación. ¡El Papa Francisco incluso ha llamado a la Confirmación el “Sacramento de Despedida”!

He oído que algunos padres han dejado de enviar a sus hijos a escuelas católicas o escuelas religiosas parroquiales después del tercer grado. En tales casos, realmente no entienden el propósito de la educación religiosa. No se trata sólo de prepararlos para recibir los sacramentos, por importante que sea, sino esencialmente de enseñarles cómo ser discípulos de Jesucristo, es decir, cómo vivir como cristianos por el resto de sus vidas. La respuesta no es de mover la Confirmación nuevamente al octavo

grado. Mantenerlos por otros cinco años después de los cuales dejen de ir a la iglesia no es el objetivo.

¡El objetivo es mantenerlos como católicos participantes activos por el resto de sus vidas!

Aunque no forma parte de las declaraciones sinodales, también hemos estado celebrando estos Sacramentos de la Confirmación y la Primera Comunión en nuestra Catedral de Springfield, la iglesia madre de nuestra diócesis, como señal visible de que están siendo iniciados en la Iglesia Católica, es decir, la Iglesia universal en todo el mundo, y no sólo su parroquia local.

Una de las declaraciones que no hemos implementado tan bien es la Declaración 11, que llama a “esforzarnos por cumplir el mandamiento bíblico de diezmar”, es decir, dar el 10% de nuestros ingresos a Dios donando la cantidad sugerida de al menos 8% de nuestros ingresos a nuestras parroquias y 2% a otras organizaciones benéficas como expresión de su gratitud a Dios y de su administración de sus múltiples dones de la creación.

Sé que los sacerdotes son reacios a hablar de dinero, pero los Evangelios nos dicen que Jesús en realidad habló bastante sobre el dinero,

no como un recaudador de fondos pidiendo donaciones, sino sobre el uso adecuado del dinero.

Por otra parte, los pastores protestantes no parecen reacios a hablar sobre el diezmo y esperan que los miembros de sus congregaciones lo hagan. No tienen vergüenza de hablar del diezmo porque es un concepto que se encuentra en la Biblia.

La primera referencia bíblica se encuentra en el Libro del Génesis. Antes de que Dios haga su pacto con Abram y le cambie el nombre a Abram. Abram regresa de una batalla victoriosa y se detiene para darle al sacerdote Melquisedec un “décimo de todo” que había ganado en la victoria. Observe que Abram no le pregunta a Melquisedec cuánto necesita ni cómo se utilizará su donación. Tampoco que hizo con el diezmo de Abram antes de ir a la batalla como una manera de tratar de ganarse el favor de Dios. Abram da su regalo en agradecimiento por lo que Dios le ha dado. Nosotros también estamos llamados a ser generosos al dar a la Iglesia como una forma de mostrar nuestra gratitud a Dios por todo lo que nos ha dado.

Un estudio nacional realizado en 2003 mostró que los protestantes suelen donar el 2,6% de sus ingresos a sus iglesias locales, mientras que

los católicos aportan el 1,2%. ¡Así que tenemos un largo camino por recorrer para alcanzar esta meta de darle el 10% a Dios!

En esta carta pastoral dije que “el arte de vivir y morir en la gracia de Dios es la clave para la felicidad eterna en la vida eterna. Los fieles cristianos mueren al pecado a través de las aguas salvadoras del bautismo. Al morir a sus deseos egoístas mediante actos de mortificación y abnegación, los fieles cristianos crecen en el amor a Dios y al prójimo. Toda la vida cristiana apunta a alcanzar esta meta de felicidad eterna en la vida eterna alejándose del pecado y creciendo en la virtud a través de la gracia de Dios”.

Como expresión de cómo alcanzar esta meta de felicidad eterna, adoptamos una nueva declaración de misión en nuestro Cuarto Sínodo Diocesano para todos nosotros como miembros de esta Diócesis. Dice: “La misión de la Diócesis Católica Romana de Springfield en Illinois es construir una comunidad ferviente de discípulos misioneros intencionales y dedicados del Señor Resucitado y administradores firmes de la creación de Dios que buscan convertirse en santos. En consecuencia, la comunidad de fieles católicos de esta diócesis está comprometida con el estilo de vida de discipulado y corresponsabilidad ordenado por Cristo Nuestro Salvador y revelado por la Sagrada Escritura y la Tradición”.

Para promover esta misión, la Diócesis de Springfield en Illinois se compromete a implementar los Cuatro Pilares del Discipulado y el Cuidado, es decir, hospitalidad, oración, formación y servicio. En otras palabras, invitaremos a las personas de manera proactiva a unirse a nosotros en oración, especialmente en la Misa dominical; proporcionaremos celebraciones de los sacramentos bien preparadas y otras ocasiones de oración como signos de esperanza y caminos de gracia hacia el cielo; estudiaremos la Biblia y aprenderemos más sobre Jesús y nuestra fe católica; y nos serviremos unos a otros, especialmente a los necesitados, practicando la caridad y la justicia.

A través de la oración, el discernimiento y la consulta con los demás, se ha hecho evidente que el Señor nos está invitando a abrazar más plenamente nuestro llamado al discipulado del cual necesariamente se deriva una vida de cuidado.

Mis hermanos y hermanas en Cristo: En el Evangelio de hoy (Marcos 9:2-10), Pedro, Santiago y Juan vieron a Jesús bajo una nueva luz, literalmente, cuando lo acompañaron al Monte de la Transfiguración. Las cimas de las montañas en la Biblia son lugares de revelación; de encuentro con Dios. Fue en un monte donde Elías llamó fuego del cielo, y en un monte donde Moisés recibió los Mandamientos.

La gente había estado especulando si Jesús podría ser otro Moisés... o Elías... o incluso Juan el Bautista resucitado.

Los discípulos no estaban seguros. Su confianza en Jesús se había visto sacudida recientemente. Siguió hablando del sufrimiento y la muerte. Entonces, de repente, aquí en el monte, lo vieron hablando con Moisés y Elías. Estaba radiante de luz. Fue maravilloso para su Maestro estar en semejante compañía.

Fue entonces cuando se dio cuenta. La apariencia deslumbrante de Jesús no era un reflejo de la gloria proveniente de Moisés o Elías: ¡la luz salía de Él a través de Su ropa! Si habían tenido alguna duda sobre si Jesús estaba al lado de estos grandes profetas, ¡ahora esas dudas habían desaparecido! Jesús fue mucho más grande: ¡era divino! Los discípulos se encontraron envueltos en la brillante nube de la presencia de Dios y escucharon la voz del Padre otorgando a su Maestro una autoridad única: “¡Este es mi Hijo amado, escúchenlo!” Para entonces, Moisés y Elías habían desaparecido de la vista. Ahora los discípulos vieron sólo a Jesús.

La cima de la montaña puede ser una metáfora de cualquier espacio donde las cosas... o las personas... se vean desde una nueva perspectiva. No tenemos que escalar montañas para que esto suceda. Un tiempo de meditación en oración puede ofrecer ese espacio. La Cuaresma nos brinda

la oportunidad de pasar tiempo a solas con Jesús, tal como lo hicieron Pedro, Santiago y Juan, escuchándolo como nuestro Padre celestial nos pide.

Concluí mi tercera carta pastoral contando una anécdota personal, que me gustaría compartir con ustedes ahora para cerrar esta homilía.

Una vez, mientras tomaba un vuelo para concelebrar la boda de un amigo mío fuera de la ciudad, envolví una estatuilla de la Santísima Madre como regalo de bodas para los recién casados y la puse en mi maleta de mano. Cuando llegué al aeropuerto y puse mi maleta en la banda transportadora para el control de seguridad, el agente de la TSA miró la radiografía de mi bolso y gritó: “Revisión de equipaje” (en inglés, “Bag check”). Inmediatamente me di cuenta del problema: la figura era de cristal tallado y el agente de seguridad debió pensar que se trataba de algún tipo de arma. El supervisor de la TSA se acercó, me vio allí de pie con mi traje clerical y cuello romano, luego miró la imagen de rayos X de la estatuilla y exclamó: “¡Por el amor de Dios, es la Santísima Madre, déjenlo pasar!” Por supuesto, me sentí muy aliviado. Si bien este incidente nos hace reír, es una historia real y las palabras del supervisor de la TSA son una cita exacta. Al reflexionar sobre ello, a menudo he pensado que esta pequeña viñeta es exactamente el escenario que espero cuando

muera: rezo para llegar a las puertas del cielo con la Santísima Madre a mi lado.

Al verme allí de pie con Nuestra Señora a mi lado, San Pedro exclamará: “¡Por el amor de Dios, está con la Santísima Madre, déjenlo pasar!”

Permanecer cerca de nuestra Santísima Madre durante toda la vida brinda la fiel seguridad de que ella nos conducirá a su Hijo Jesús en la hora de nuestra muerte, para que podamos morir en la gracia de Dios y disfrutar de la felicidad eterna en la vida eterna.

Que Dios nos dé esta gracia. Amén.